

Construir una ciencia de lo singular

Introducción a una lectura de Michel de Certeau

Este ensayo sintetiza el proyecto investigativo de Michel de Certeau sobre una ciencia de lo singular. Michel de Certeau observó y analizó la vida cotidiana in concreto con la atención, la minucia, la benevolencia que había anteriormente consagrado a estudiar la vida espiritual de sus héroes místicos a través de sus cartas y relatos.

LUCE GIARD

LA FASCINACIÓN DE LO COTIDIANO

Cuatro años luego de terminarlo [*La invención de lo cotidiano*], Michel de Certeau enunciaba en estos términos el objetivo y las modalidades de su investigación sobre las prácticas cotidianas:

He querido construir una ciencia de lo singular, es decir una ciencia de las relaciones que ligan las acciones cotidianas a las circunstancias particulares [de su nacimiento]. Sólo a través de la dimensión local del trabajo y del tiempo libre se puede entender cómo, en el marco de las limitantes socioeconómicas, esas acciones no cesan de ofrecer una táctica de puesta en relación (una lucha vital), una producción artística (una estética), unas iniciativas autónomas (una ética). La lógica sutil que gobierna esas actividades “ordinarias” no aparece más que en los detalles¹

Los dos tomos de *La invención de lo cotidiano*, publicados en febrero de 1980 en una colección de bolsillo, entonces muy activa en el terreno de las ciencias humanas, presentaban los principales resultados de un programa de inves-

tigación de tres años, sobre la cultura contemporánea, tomando en sentido lato la palabra “cultura” a la manera de los antropólogos, para describir la gama de los usos y de las prácticas de un grupo social. Ese programa de investigación, financiado por la Delegación General de la Investigación Científica y Técnica (DGRST), un servicio que dependía directamente del Primer Ministro, se inspiraba en escritos anteriores de Michel de Certeau, a propósito de la sociedad francesa. Uno podría sorprenderse frente a la confianza de la responsabilidad de dirección y realización de ese programa a Michel de Certeau, cuando no era ni un alto funcionario, ni una figura política, ni un analista del mundo cultural, sino alguien que venía del oficio de la historia, a partir de la historia religiosa. Pero es loable esa amplitud de miras que hizo posible dicha elección, en una República basada en una estricta separación entre la Iglesia y el Estado, en una nación que amó y detestó a los jesuitas desde su aparición en la esfera pública, que eligió entre ellos a confesores del rey, que confió a sus colegios la educación de sus elites, y que no obstante

Es evidente que al principio solo Michel de Certeau tenía ideas claras sobre la empresa que íbamos a realizar y los medios para lograrla.

condenó varias veces a la Compañía al exilio y se ilustró, constantemente, en la producción de una feroz literatura antijesuita.

Pero en los esfuerzos titubeantes de reforma y de desarrollo de las instituciones culturales y del mundo universitario luego de mayo del 68, los análisis de Michel de Certeau sobre el sentido profundo de esa conmoción y las cuestiones de

sociedad así planteadas, producían un sonido nuevo. Despertaron la atención de responsables políticos o de sus consejeros, y lo invitaron a introducir los trabajos de la Conferencia europea de la cultura (Arc-et-Senans, abril de 1972), reunida para preparar un encuentro de los ministros

de la Cultura, en el nivel de la Comunidad Europea (Helsinki, septiembre de 1972), encuentro destinado a definir una política cultural común.

La originalidad de su informe introductorio fue destacada y apreciada por varios, y les inspiró la idea de ofrecerle tiempo, plena libertad de investigación y financiamiento para profundizar los temas esbozados en ese informe. Así nació el Programa de investigación sobre las Prácticas Cotidianas que Michel de Certeau propuso a la benevolencia de la DGRST y al cual Pierre Mayol y yo misma estaríamos asociados para conducir distintas investigaciones de campo sobre varios objetos, siempre siguiendo una línea de interrogaciones comunes apoyada en una metodología igualmente elaborada y discutida en común.

Es evidente que al principio solo Michel de Certeau tenía ideas claras sobre la empresa que íbamos a realizar y los medios para lograrla.² Durante el curso del trabajo debían precisarse y tomar forma las contribuciones de sus jóvenes asociados, cada una a su modo. Pero ya, en el espíritu de su inspirador, el proyecto concernía al “hombre ordinario”, el de las manifestaciones de la calle de 1968, una figura anónima y múltiple, encontrada al azar en tantas ciudades de Europa y de América en viajes de trabajo, a la que él iba a dedicar la publicación final: “Este ensayo está dedicado al hombre ordinario. Héroe común. Personaje diseminado. Caminante innu-

merable. Al invocar, al principio de mis relatos, al ausente que les da comienzo y necesidad, me pregunto sobre el deseo a partir del cual representa el objeto imposible”.³

En la manera como un desconocido camina por las calles de la ciudad, Michel de Certeau estaba pronto a reconocer un “arte de hacer”, practicado en forma personal, o aun un “estilo”, apoderándose de una noción que creía injustificado reservarla a los historiadores del arte o de la literatura. Consideradas desde este ángulo, en su infinita diversidad, pero con atención y respeto, descritas con una suerte de entusiasmo generoso y benevolente, muchas acciones menudas de la vida cotidiana podían aparecer como “prácticas culturales” (siempre en ese sentido amplio de la palabra “cultura”), dignas de un análisis teórico. A partir de entonces, las acciones de los practicantes ordinarios podían inscribirse en el marco de una “economía del don” y dar testimonio de una “ética de la tenacidad”.

Observadas de cerca, analizadas con los instrumentos teóricos más refinados de que se disponía en ese momento, las “maneras de hacer” de los individuos, a través de su vida cotidiana, debían permitir la definición de “estilos de acción”, diferenciados según la materia, la forma, el tiempo, el lugar, las situaciones y las circunstancias. De allí resulta un método de análisis de las prácticas organizado en tres niveles: las modalidades de acción, la formalidad de las prácticas, los tipos de operaciones. Enseguida, cada uno de nosotros tres se esforzó en poner a prueba este método, esbozado *a priori* en términos generales, sobre los objetos particulares de su investigación.

En el primer tomo de *La invención de lo cotidiano*, intitulado “Artes de hacer”, Certeau desarrolla un análisis crítico de los recursos teóricos que toma de grandes contemporáneos franceses: Jean-Pierre Vernant, Marcel Détiene, Pierre Bourdieu o Michel Foucault, especialmente, pasando así de la antropología de la Grecia antigua a la sociología, a la filosofía y a la lingüística. Asocia a dichos autores otras referencias provenientes de la sociología, la lingüística y la antropología angloamericanas, así como de la frecuentación ecléctica de maestros anteriores tales como Kant, Freud o Wittgenstein. Esta

revisión crítica no estaba destinada ni a construir un sistema original supuestamente superior a cualquier otro, ni a descalificar todos los aportes teóricos como insuficientes o ciegos a sus propios presupuestos y sus límites de pertinencia. Se trataba más bien de mostrar de qué manera cada posición teórica podía ofrecer, desde un cierto ángulo, una perspectiva significativa e instrumentos beneficiosos para reflexionar sobre las prácticas cotidianas, pero cómo ello no podía bastar ni para rendir cuenta de su riqueza y de su diversidad, ni para agotar su sentido.

A esta revista teórica y crítica, que ocupa alrededor de la primera mitad del libro, Certeau le agregó unos capítulos relativos a prácticas específicas, a fin de poner a prueba la validez de su modelo analítico. Tomó como ejemplos de prácticas la marcha en la ciudad, el viaje en tren, los relatos que describen el espacio interior (de la vida privada) o el espacio exterior (del trabajo, de la vida social). Es decir, que la noción de espacio es central en los ejemplos elegidos: Michel de Certeau estaba fascinado por la cartografía y los modos de representación espacial. Un último grupo de capítulos, que trata de prácticas asociadas a la lengua, a la palabra, a la puesta en relatos, debía tener una amplia posteridad en diversos terrenos. Así, el capítulo sobre la lectura (del que tomé mi primera cita para colocarme bajo el estandarte de su autor), donde se ve al lector tornarse “cazador furtivo” en las tierras de otro, hubo de tener tantos efectos entre los historiadores del libro y de los saberes, como entre los trabajadores sociales y educadores carcelarios. Por último, dos capítulos, más intrigantes y difíciles, abren la puerta de una antropología social que el autor contaba desarrollar ulteriormente, pero que no tuvo tiempo de realizar. Uno de esos dos capítulos versa sobre el creer, en su función indispensable en la construcción del vínculo social fuera de toda referencia a una pertenencia religiosa. El otro capítulo dice de la soledad del moribundo, de aquel que su condición parece volver extraño a las prácticas ordinarias como si, sobre la frontera entre la vida y la muerte, hubiera un lugar y un tiempo, sin palabras y casi sin acción, a los que *La invención de lo cotidiano* no podía acceder, pero cuya existencia no debía ser olvidada.

Nunca supe bien por qué Michel de Certeau había querido insertar ese capítulo al final del primer tomo, pero siempre supe que ese texto respondía a una necesidad escondida en la construcción de la obra, al obligar al lector a vincular la duración efímera de las prácticas de lo cotidiano, su creatividad inestable, a la duración limitada de toda vida humana, a la fragilidad de toda acción o producción.

El segundo tomo de *La invención de lo cotidiano*, intitulado “Habitar, cocinar”, incluía en la primera edición de la obra una muy breve introducción de Michel de Certeau, que en lo esencial se debía a Pierre Mayol y a mí. El equilibrio de las contribuciones es un poco diferente en la segunda edición que fue objeto de la traducción española.⁴ En efecto, yo agregué al segundo tomo dos textos de Michel de Certeau suscitados por la recepción de la primera edición y que vinieron a completar o aclarar su contenido, así como un texto ulterior, escrito conmigo, sobre temas ligados a la problemática de *La invención de lo cotidiano*. En las dos ediciones del segundo tomo figuran, principalmente, los resultados de Pierre Mayol y los míos. Cada uno de nosotros había desarrollado, de manera amplia, un estudio del caso, en relación con el modelo analítico y los enunciados teóricos del primer tomo, pero sin encerrarnos estrechamente en ese marco.

Si bien a los tres nos inspiraba una intención y presupuestos comunes, las lecturas discutidas en forma conjunta, una primera matriz de interrogación y de análisis elaborada también en forma conjunta, y nuestra investigación orientada en la misma dirección, nunca fue cuestión de uniformidad entre nosotros. Desde la dirección incuestionable de Michel de Certeau, una dirección asumida con la delicadeza y el respeto con que él rodeaba a cada interlocutor en su seminario de doctorado,⁵ cada uno de nosotros conservó su libertad de investigación y de análisis, sus preferencias teóricas y sus hábitos de pensamiento, y cada uno visitó el terreno de las

Desde la dirección incuestionable de Michel de Certeau, una dirección asumida con la delicadeza y el respeto con que él rodeaba a cada interlocutor en su seminario de doctorado, cada uno de nosotros conservó su libertad de investigación y de análisis, sus preferencias teóricas y sus hábitos de pensamiento, y cada uno visitó el terreno de las prácticas cotidianas a su propia manera, según su experiencia social, sus centros de interés y con su personal sensibilidad.

En cuanto a mí, había insistido, desde el comienzo de nuestras discusiones en trío, sobre la necesidad de dar cuenta de las prácticas propias de las mujeres. Luego de reflexionar, anclé mi elección sobre la comida y su preparación, una tarea esencial para mantener la existencia material del grupo familiar y que muy generalmente le tocaba hacer a las mujeres (hoy, 30 años más tarde, habría que matizar esta afirmación, al menos en el medio urbano).

prácticas cotidianas a su propia manera, según su experiencia social, sus centros de interés y con su personal sensibilidad.

Pierre Mayol decidió hacer una monografía. Él se interesó por las prácticas del espacio, público y privado, durante tres generaciones de una familia de obreros en un barrio que conocía

bien, Croix-Rousse, en Lyon. Condujo largas entrevistas con cada uno de sus miembros, observando minuciosamente sus deambulaciones. Se hizo relatar las compras cotidianas o semanales, los trayectos festivos hacia otros barrios u otros parientes, reconstituyó de modo cuidadoso el decorado interior de sus hogares, escuchó la descripción de pequeñas acciones que rimaban con los trabajos y los días, y la de relaciones diferenciadas y cuidadosamente dosificadas con los pequeños comerciantes de los alrededores. Estuvo atento a las prácticas de apropiación de una

fracción del espacio público y a la riqueza lingüística de los relatos de sus interlocutores, sobre todo para la generación de los mayores, cuyos relatos hablaban tanto de la memoria de una condición obrera, como de las prácticas inventivas del presente. Su descripción de la relación con el pan y con el vino es un texto conmovedor que habita la memoria del lector:

Hay dos alimentos que ‘acompañan’ la comida de principio a fin y se acomodan a cada momento de la serie: el pan y el vino. Forman como dos muros que mantienen el desarrollo de la comida. Son pues la base de la cocina; es en lo que debe pensarse en primer término antes de cualquier otra decisión gastronómica... El discurso sobre el pan siempre está en el límite de lo patético, por encima de toda sospecha. El del vino es mucho más matizado y como sobrecargado en su interior por una ambivalencia imborrable: el placer del buen beber tiende siempre hacia el límite de beber en demasía.⁶

En cuanto a mí, había insistido, desde el comienzo, de nuestras discusiones en trío, sobre la necesidad de dar cuenta de las prácticas propias de las mujeres. Luego de reflexionar, anclé mi elección sobre la comida y su preparación, una tarea esencial para mantener la existencia material del grupo familiar y que muy generalmente le tocaba hacer a las mujeres (hoy, 30 años más tarde, habría que matizar esta afirmación, al menos en el medio urbano). Mi análisis asoció elementos de historia y de antropología, tomados tanto de la escuela de los *Annales* como de la historia de las ciencias y de la medicina, con datos contemporáneos obtenidos en una investigación de campo con doce mujeres, habitantes de Francia en regiones rurales o urbanas, pertenecientes a diversas generaciones y medios sociales. Esta combinación de fuentes eruditas y de informaciones orales, unida a la observación de mi barrio, de mi familia, de mis amigas, y al análisis de mis propias prácticas, me mostró en qué medida la cocina pone en juego un incesante trabajo de adaptación, a la vez complejo y sutil, en respuesta a una encrucijada siempre inestable de condiciones de posibilidad, de limitantes y de interacciones sociales. Sin embargo, la necesidad de esta adaptación y el modo de realizarla permanecen, muy a menudo, implícitos tanto para aquella que se encarga como para su entorno, que a veces observa la escena u ofrece una ayuda limitada.

Cada hábito alimentario compone una minúscula encrucijada de historias.

En ‘lo invisible cotidiano’, bajo el sistema silencioso y repetitivo de servidumbres cotidianas que uno cumple por costumbre, con el ánimo en otra parte, en una serie de operaciones ejecutadas maquinalmente y cuyo eslabonamiento sigue un esquema tradicional disimulado bajo la máscara de la primera evidencia, se amontona en realidad un montaje de acciones, ritos y códigos, ritmos y elecciones, usos recibidos y costumbres puestas en práctica... En el interés y cuidado que otorgamos a las comidas, en el abanico de placeres que nos permitimos o en las restricciones que nos imponemos, se lee, se traduce en actos visibles, la relación que mantenemos con el propio cuerpo y con el del prójimo.⁷

Entran así en juego, por una parte, un saber de gestos y de sensaciones (de olores, de sabores, de consistencias) memorizado sin que uno tenga clara conciencia de ello y, por otra parte, circunstancias cambiantes (un visitante imprevisto, la enfermedad de un miembro de la familia, un producto echado a perder, un ingrediente que no se puede conseguir fácilmente, etcétera). En el orden de las limitantes, está el tiempo disponible (para las compras, la preparación, la cocción), el nivel de recursos (que determina la opción de los productos alimenticios y su calidad, pero también el equipamiento de electrodomésticos, el espacio disponible en la cocina), la edad y la condición física de los comensales (necesidades específicas de los niños y de los adolescentes, preferencias y repugnancias, problemas de digestión, prescripción de un régimen médico). Las interacciones sociales remiten a las ocasiones de celebración familiar, al calendario de fiestas religiosas o públicas, a los intercambios de invitaciones con amigos, vecinos, parientes.

Las entrevistas realizadas mostraban también que, una vez entradas en confianza, habiendo perdido su timidez, persuadidas de que podían decir algo interesante a la investigadora, las mujeres interrogadas componían pequeñas narraciones poéticas y conmovedoras de sus experiencias culinarias, de sus éxitos, de sus angustias; describían así sus emociones pasadas y presentes en la organización de la vida familiar cotidiana. Fue entonces cuando yo también descubrí cuán cargada de afectos en la vida ordinaria estaba la actividad culinaria, incluso luego de años de experiencia cotidiana, y cuánta inquietud y generosidad habitaban sus gestos silenciosos.

LA BÚSQUEDA DE UNA CIENCIA DE LO SINGULAR

La filosofía social de Michel de Certeau, desarrollada en el primer tomo, se apoyaba sobre las nociones de *deviation* y de *collage*, que según él le permitían al “más débil” (en el espacio social) subvertir las constricciones sociales impuestas por el “más fuerte”, plegándose en apariencia a las conminaciones recibidas. Certeau no buscaba negar el peso de la estratificación social, de

la esclavitud política sobre los unos, o el malestar nacido por la falta de ingresos para los otros. Pero quería subrayar que la “gente ordinaria” era menos obediente y sumisa a un orden social y cultural que lo que las autoridades se complacían en decir y creer. Deseaba que se observara más de cerca, con más atención y respeto, las prácticas reales de la vida cotidiana en los actos más simples y aparentemente más repetitivos o desprovistos de sentido. Sabía que lo que no estaba valorizado y mirado con atención permanece *ipso facto* invisible o insignificante para el observador, que puede, de muy buena fe, persuadirse de la pasividad de los consumidores:

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores de senderos en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen algo que tiene la forma de ‘trayectorias’ de las que habla Deligny. Trazan ‘trayectorias indeterminadas’, aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado en el que se desplazan... Las prácticas del consumo son los fantasmas de la sociedad que lleva su nombre. Como los ‘espíritus’ de antaño, constituyen el principio múltiple y oculto de la actividad productora.⁸

Al partir de la fuerte hipótesis de la existencia de una actividad oculta en las prácticas cotidianas, al servicio de un “arte de vivir” ligero y silencioso, siempre obligado a adaptarse a las circunstancias y ocasiones, Certeau proponía un giro completo de puntos de vista, un cambio de escala en la observación, una preferencia acordada a otras opciones en materia de procedimientos analíticos y de teoría crítica. Él sugería una “inversión de la mirada” que tendría por resultado hacer surgir de la sombra las prácticas de lo cotidiano. Allí donde sociología y publicidad ponían el acento sobre la “pasividad” de los consumidores, sobre su aceptación de los objetos ya preparados propuestos para la compra, sobre su “conformismo” en general, él sugería interesarse por la insinuación, en las conductas de los consumidores, de una acción creativa, de una apropiación imaginativa, de una forma de libertad interior. Al vocabulario de la cantidad, de la masificación de las conductas, de

Pero quería subrayar que la “gente ordinaria” era menos obediente y sumisa a un orden social y cultural que lo que las autoridades se complacían en decir y creer. Deseaba que se observara más de cerca, con más atención y respeto, las prácticas reales de la vida cotidiana en los actos más simples y aparentemente más repetitivos o desprovistos de sentido.

las descripciones que jerarquizan e implican juicios, él proponía sustituir la atención a pequeños detalles, el respeto de las diferencias cualitativas, el reconocimiento de una creatividad efímera. Recoger datos cuantitativos (cuántos productos comprados, cuántas horas pasadas delante de un aparato de televisión, cuánto dinero

dedicado a las actividades culturales) le pareció menos significativo que el análisis fino de las “maneras de hacer” en una infinidad de acciones comunes (cuando una persona camina en su barrio, cuando va a otra parte de la ciudad, hace sus compras, se encuentra con sus vecinos, decora su apartamento, arregla su auto, etcétera).

Para sostener este tipo de observación y de análisis, y marcar el cambio de escala que él suponía, Michel de Certeau se apoyó en una distinción entre las “tácticas” de los practi-

cantes anónimos, siempre privados de un lugar propio estable, obligados a obrar con astucia con las limitaciones impuestas, y la “estrategia” de quienes ejercen el poder, de las instituciones, de las autoridades que producen las reglas y las leyes y determinan la organización social del tiempo y del espacio. Pero situar las prácticas cotidianas del lado de las tácticas, de la inestabilidad, de las pequeñas diferencias y de una creatividad silenciosa, tenía por consecuencia tornar más difícil el trabajo teórico que diera cuenta de ello. Ahora bien, ese trabajo teórico era indispensable para dar un estatuto de inteligibilidad racional a las prácticas, para legitimar la importancia a acordarles. Para captar una infinita diversidad de pequeñas acciones efímeras, para ordenar su heterogeneidad siempre movidiza, había que lograr asociar la descripción de las prácticas a un análisis de orden teórico, cuyo desafío último era la construcción de esta *ciencia de lo singular*, que él había, desde el comienzo de la aventura, deseado fervientemente: “Se alcanzaría el objetivo si las prácticas o las ‘maneras de hacer’ cotidianas dejaran de figurar como el fondo nocturno de la actividad social, y

si un conjunto de cuestiones teóricas, de métodos, de categorías y de puntos de vista, al atravesar esta noche, permitiera articularla”⁹.

No hay que equivocarse sobre la intención de los dos tomos de *La invención de lo cotidiano*: no se trataba ni de componer una enciclopedia descriptiva de todas las prácticas cotidianas ni de erigirlas en sistema, ni *al contrario*, de escribir un poema impresionista a la gloria de los practicantes ordinarios. Certeau quería aceptar el plural heteróclito de los tipos de prácticas, pero él entendía que lo unificaba al definir su “formalidad”, es decir, las formas categoriales que permitan a su vez clasificar las formas de las prácticas; dicho de otra manera, al definir una abstracción de segundo grado. Él esperaba llegar a un modelo analítico eficaz para caracterizar los estilos y las opciones de los practicantes, subsumir las series de operaciones encadenadas en secuencias temporales, y prever la circulación de fragmentos de saber individual, primero producidos por practicantes inventivos aisladamente, luego compartidos dentro de pequeños círculos de sociabilidad, con amigos o parientes, vecinos o colegas de trabajo.

Al término de nuestra investigación, nuestro trío sabía que esta ciencia de lo singular, tan deseada, no se había aún constituido. Esperábamos, más modestamente, haber realizado un trabajo preliminar de esclarecimiento y de puesta en perspectiva, así como haber mostrado, con el apoyo de ejemplos teóricos y prácticos, que la empresa era necesaria, intelectualmente legítima, y merecía los esfuerzos conjugados de practicantes de diversas disciplinas. Pues los límites de nuestros análisis provenían de la inadecuación de los instrumentos, de las categorías y de los modelos disponibles en el campo de los saberes, frente a la multiplicidad inestable de las prácticas y a su complejidad interna. La responsabilidad del fracaso en la construcción de una ciencia de lo singular era entonces compartida entre teóricos y lógicos de toda disciplina:

En este sentido, la cultura ordinaria es, para empezar, una ciencia práctica de lo singular, que toma de revés nuestras costumbres de pensamiento en las que la racionalidad científica es conocimiento de lo general, abstracción hecha de

lo circunstancial y de lo accidental. A su manera humilde y tenaz, la cultura ordinaria lleva a cabo el proceso de nuestro arsenal de procedimientos científicos y de nuestras categorías epistémicas, pues no cesa de volver a articular el conocimiento con lo singular, de volver a poner a ambos en una situación concreta particularizante y de seleccionar sus propias herramientas de pensamiento y sus técnicas de uso en función de esos criterios. Nuestras categorías de conocimiento son todavía demasiado rústicas y nuestros modelos de análisis muy poco elaborados para permitirnos pensar en la abundancia inventiva de las prácticas cotidianas.¹⁰

Nosotros tres buscamos, cada uno a su manera, restituir la creatividad de la gente ordinaria y caracterizar sus modalidades a través de una muestra circunscrita de las prácticas cotidianas. Cuando llegó el momento de dar forma a los resultados obtenidos en las respectivas investigaciones, pudimos constatar nuestra coincidencia en un buen número de puntos. Así fue para el papel atribuido a las limitaciones de espacio, para el encadenamiento de las operaciones en secuencias temporales finalizadas, para el aprovechamiento inventivo de las ocasiones, para la interminable adaptación a las circunstancias, para la apropiación siempre renovada de los objetos y de los lugares. También descubrimos que reinaba una suerte de armonía en nuestras descripciones de las prácticas y de sus autores. Cada uno de nosotros, en su campo de observación, había destacado la belleza de los gestos, la inteligencia de la composición de las secuencias de operaciones, la fineza de las astucias para desbaratar las imposiciones del orden social y reconquistar un poco el espacio perdido. Asombrados, pues, de ese consenso a posteriori, enseguida comprendimos su razón de ser. Porque partimos presuponiendo que la inteligencia y la interactividad estarían obrando en las acciones y los lugares donde, por lo general, no se esperaba, pudimos identificar las marcas en las prácticas de lo cotidiano. Y ello no fue, ciertamente, un azar. Para maravillarse de las huellas efímeras de belleza o de inteligencia, es necesario estar interiormente preparado. Tal fue la principal lección de *La invención*

de lo cotidiano. Ella marca el punto nodal de nuestra deuda respecto a Michel de Certeau.

Al hacer referencia a esta preparación interior, se puede dar respuesta a una cuestión planteada, con frecuencia, luego de la lectura de los dos tomos: ¿cómo explicar que un jesuita, historiador erudito de la espiritualidad, teórico de alto vuelo, se haya convertido en ese observador inspirado de la poesía de los gestos cotidianos, en ese analista atento a las menudas acciones de la vida ordinaria, a las actividades en apariencia más maquinales y concretas?, ¿cómo explicarlo? La respuesta es de una gran simplicidad: las dos vertientes de su obra están en la continuidad de uno en el otro. De uno al otro no hubo ruptura, sino un deslizamiento temporal del pasado al presente, una ampliación del campo de observación explorado, una diversificación de las fuentes de inspiración teórica. Michel de Certeau observó y analizó la vida cotidiana *in concreto* con la atención, la minucia, la benevolencia que había anteriormente consagrado a estudiar la vida espiritual de sus héroes místicos a través de sus cartas y relatos. En los dos tipos de situación, el análisis debe vincularse a detalles insignificantes para espectadores externos, pero esenciales para la persona o el grupo considerado. En los dos casos está en juego la posibilidad de transformar lo que es impuesto y padecido (por la regla, o por el uso social, o por el desenlace de un estado objetivo, o en el sufrimiento de un estado subjetivo) a fin de abrir un espacio de libertad, incluso extremadamente restringido, y de construir mediante esta operación minúscula un poco de sentido. Esta convicción, de que tal posibilidad es accesible a cada uno y que a menudo se efectúa, sea develada a otro en una puesta en relato o en texto, sea llevada en silencio, estaba en las bases de la filosofía política y social de Michel de Certeau, tanto como en la base de su ética de creyente. Las dos facetas eran inseparables. Me parece que esta convicción generosa, inscrita en lo más

Al término de nuestra investigación, nuestro trío sabía que esta ciencia de lo singular, tan deseada, no se había aún constituido. Esperábamos, más modestamente, haber realizado un trabajo preliminar de esclarecimiento y de puesta en perspectiva, así como haber mostrado, con el apoyo de ejemplos teóricos y prácticos, que la empresa era necesaria, intelectualmente legítima, y merecía los esfuerzos conjugados de practicantes de diversas disciplinas.

profundo de una inteligencia brillante pero sin deseo de poder, permite dar cuenta, en última instancia, de la unidad de una vida y de una obra, de su fuerza de atracción, de su fecundidad intelectual y de la dinámica que comunica a sus lectores.

Nota: El texto está tomado del ensayo de Luce Giard “Introducción a una lectura de Michel de Certeau”, publicado en: AUSJAL (2006): *Relecturas de Michel Certeau*. Carmen de Rico de Sotelo et al. Impreso y hecho en México.

LUCE GIARD

Estudió matemáticas, lenguas, filosofía e historia de las ciencias. Investigadora en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), París.

NOTAS

- 1 Prefacio escrito para la traducción estadounidense, *The Practice of Everyday Life*. Berkeley, University of California Press, 1984, p. IX. Primera edición, 2 tomos, París, coll. 10-18, 1980. Nueva edición revisada y aumentada, 2 tomos, París, Gallimard, Folio Essais, 1990-1994.
- 2 Sobre la implementación del proyecto, su desarrollo, su suerte, véanse las introducciones que redacté para la edición revisada de los dos tomos. Esa edición ha sido traducida al español; la referencia del tomo 1 está dada en la nota 1; para el tomo 2: Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol, *La invención de lo cotidiano, 2. Habitar cocinar* (nueva ed., trad. Alejandro Pescador), México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- 3 *La invención de lo cotidiano, I...*, Op. Cit., p.3
- 4 Puesto que Michel de Certeau me encargó la tarea editorial a su muerte, me ocupé de la preparación de esa segunda edición, así como para todos sus otros libros y colecciones desde 1986.
- 5 Véase más adelante su texto “¿Qué es un Seminario?” (1978), trad. Carmen Rico de Sotelo.
- 6 *La invención de lo cotidiano, 2...*, Op. Cit., pp. 87 y 90.
- 7 *Ibidem*, pp. 175 y 198.
- 8 *La invención de lo cotidiano, I...*, Op. Cit., pp. 40-41.
- 9 *Ibidem*, p. XLI.
- 10 *La invención de lo cotidiano, 2 ...*, Op. Cit., pp. 264-265: este texto de balance fue escrito por Michel de Certeau y yo misma en 1983, y forma parte de los capítulos agregados a la segunda edición de los dos volúmenes.



Galería de papel. César Revete. Carlos Germán Rojas (24-07-1981)